

mosa en el lecho; el español la ve, se apasiona de ella, y aquella noche la viola. ¿A qué autor se le ocurriría en nuestro siglo bestialidad tan asquerosa y estupenda? No es menos bestial el cuento de la monja que últimamente ha puesto en verso Zorrilla, poetizándole y suavizándole y haciéndole posible en esta edad más púdica, más decente y más honrada: pero en el cuento original, la monja se huye con el galán, muy segura y sabedora de lo que hacía, y, con pleno conocimiento del pecado, hurta, si no recordamos mal, algunas alhajas del convento; vive en francachelas y en orgías con su amante; gastan todo el dinero que llevaban, y la monja se prostituye á toda la ciudad de Lisboa, para mantenerse ella con lujo, y mantener los vicios de su amante, convertido en rufián inmundo. La Virgen, entre tanto, toma la forma de aquella desvergonzada, y hace su papel en el convento, á fin de que no la echen de menos. Imposible parece que estas abominaciones sean tenidas por algunos como hijas del verdadero espíritu católico, como inspiraciones santas, como fantasías, éxtasis, y divinos ensueños con que la musa cristiana regala á sus bienaventurados favoritos.

III.

Sería prolijo hacer aquí una pintura de la corte de Felipe IV y de Carlos II, y demostrar la mayor inmoralidad de entonces. Las historias, las relaciones de aquella época y toda clase de documentos nos dan claro testimonio de ella. Esta inmoralidad se retrata de

una manera vivísima en la literatura, según hemos probado ya con algunos ejemplos. El mismo Schack, á quien así como el Sr. Cañete, hemos de seguir citando á menudo, conviene con nosotros. Hablando este autor de la licencia de Tirso, dice expresamente que en nada difiere más el siglo xvii de nuestro siglo, que en punto á moralidad. «Es indudable, añade, que los contemporáneos del poeta jamás se escandalizaron de sus obras; el autor mismo pertenecía á una orden monástica muy estrecha; para todas las obras que se daban á la estampa había una severa censura, siempre ejercida por sacerdotes, y nosotros leemos con *asombro* en un per- miso que va al frente de las obras de Tirso de Molina, *que en ellas nada se contiene que ofenda á las buenas costumbres y que no sirva de excelente ejemplo para la juventud.*»

Lope fué quizás más libre aún que Tirso, y no se espantaba de sacar á la escena y de pintar, con los más fuertes colores, vicios atroces é infames: en *La Reina Juana de Nápoles* nos describe toda la crueldad y toda la lujuria posibles en la más desenfrenada mujer; en *El anzuelo de Fenisa* y en *El arenal de Sevilla*, figuran las cortesanas como heroínas, y tratadas con bastante menos severidad que en los modernos dramas franceses de Augier, Feuillet y Dumas; en *El Rufián Castrucho* y en *El Caballero de Olmedo* se retratan con la mayor verdad las Celestinas; y el adulterio y el incesto dan asunto también á algunos dramas de Lope. La opinión de este poeta sobre la corte, expresada por él en una carta particular, viene en favor de nuestro aserto. Lo-

pe la llama *Océano de perdidos y desvanecidos*, lleno de *rameras, hambres, hidalguías, poder absoluto y sin p disoluto y otras sabandijas*.

Con tal público, con tal opinion del público, y creyéndole además necio, *el vulgo es necio*, etc., no es extraño que los poetas se atreviesen á todo. Calderon llegó á poner en escena un hijo que abofetea á su padre. Si alguien se ofendia, á veces, no era por virtud, sino por orgullo, como cuando silbaron una comedia de Rojas, porque puso en ella á un *caballero*, que casándose halló violada de otro amor á su mujer, ó cuando quizás le dieron muerte alevosa porque satirizó en otra comedia á unos caballeros.

Pero hablemos ya del drama religioso, que segun el Sr. Cañete produjo obras maestras del más esmerado arteficio; obras que desplagan á la vista, aún del más abatido y lacerado, horizontes de esperanza y de consuelo. Schack dice: «Muchas de las vidas de Santos puestas en escena, carecen de unidad de accion, y muestran en su rudeza una abigarrada confusion de todo linaje de elementos, de lo religioso y de lo profano, de lo literal y de lo alegórico, de lo grave y de lo burlesco, hasta el último punto. Allí hay sutilezas teológicas y discusiones escolásticas al lado de profanas escenas de amor: allí salen á las tablas el niño Jesus y la Virgen María, y ángeles y diablos, y santos y figuras simbólicas, mezclados con reyes, estudiantes y graciosos, que incurren en mil anacronismos é impropiedades. Se diria que todo lo inverosímil y todo lo incongruente se salva y perdona con la

»fe. Pero lo que más se extraña es el grosero materialismo con que se entiende la religion y se trata de ella en estos dramas. La trascendencia de lo *suprasensible* es en ellos completamente aniquilada, y sólo queda la exterior apariencia. Estos dramas están llenos de visiones y milagrerías desde el principio hasta el fin; pero en balde se busca en ellos verdadera piedad, elevacion del alma y profundidad en la pintura de las cosas espirituales.»

Esto dice el Sr. Schack antes de examinar una por una las principales comedias *divinas* de Lope de Vega, á quien llama *divino* en las comedias profanas, y á quien tacha mil veces de desatinado y de absurdo en las *divinas*.

El Cardenal de Belén es una monstruosidad, donde figuran y salen á desvariar San Gerónimo, San Gregorio Nacianceno, San Dámaso, San Agustin, el emperador Julián el Apóstata, los tres reyes Magos, el arcángel San Rafael, el diablo, un leon, un burro, y España y Roma y el mundo entero personificados.

San Nicolás de Tolentino es aún más desatinada comedia. El Padre Eterno aparece allí, sentado en su tribunal, en conversacion con la Justicia y la Misericordia: un hermanuco persigue graciosamente al diablo, que sale acompañado de leones, serpientes y otras bestias; y el santo baja del cielo, entra en el purgatorio como en su casa, y se lleva las almas de sus padres. Combinadas con todo esto, hay escenas de soldados é intrigas de amor nada edificantes.

El animal profeta es más parecido á un cuento de

las *Mil y una noches* que á la vida de un santo. Una cierva profetiza á Julián que dará muerte á sus padres, y la profecía se cumple con un fatalismo más ciego que el pagano. Julian hace despues penitencia de este crimen involuntario, y de otros que no lo son, y probablemente se va al cielo.

En *La fianza satisfecha* es menester confesar que las extravagancias, segun las propias palabras de Schack, citadas por el Sr. Cañete, «están compensadas con rasgos de la más atrevida poesía, y debemos rendir homenaje al genio del poeta hasta en sus propios extravíos.»

En *El niño inocente de la Guardia*, tampoco negáremos que hay verdadera hermosura y cierta inspiracion religiosa; pero, como dice Schack, este drama «hace una impresion penosa, merced al fanático aborrecimiento que respira en cada uno de sus versos contra los que pertenecen á otra religion.»

Mira de Mescua es más extravagante aún que Lope en sus comedias divinas, y como carece de las altas calidades que el Fénix de los Ingenios poseia, no es posible perdonarle los sacrilegios é indecorosos desatinos de *El hermitaño galán*, de *El esclavo del demonio*, de *El negro del mejor amo* y de otras creaciones por el estilo, en que los misterios de nuestra santa religion hacen las veces de mitología y de tramoya en farsas para divertir al vulgo ignorante. Mira de Mescua estaba, sin embargo, dotado de una fecunda inventiva, y prestó en estas comedias, argumentos y situaciones que, tratados más tarde y con más arte por

Calderon, Tirso y Moreto, dieron origen á las mejores comedias á lo divino de que el teatro español puede gloriarse.

Como en este artículo no nos es posible extendernos cuanto el asunto requiere, sino pasar muy ligeramente sobre todo, nos vemos obligados á menudo á apuntar opiniones é ideas que tal vez seria conveniente desenvolver y aclarar; pero ya llegará ocasion en que podamos hacerlo, sobre todo si, como es de desear, adquiere la Direccion de Instruccion pública la obra de Schack traducida, y la da á la estampa, como un monumento elevado á las glorias españolas. Para entonces prometemos hacer un análisis detenido del trabajo del sábio aleman, comparar sus opiniones con las de los criticos españoles y con las de otros criticos alemanes, como Schmidt y ambos Schlegel, y dar tambien la nuestra, procurando, por lo mismo que es tan humilde, autorizarla y realzarla con razones.

Siguiendo ahora en nuestras ligeras observaciones al discurso del Sr. Cañete, que, si bien es obra de un sujeto muy entendido, todavía peca, y no puede menos de pecar, merced á su índole y á su indispensable concision, de no hacer, como nuestro artículo, sino apuntar ideas sin desenvolverlas ni explicarlas cuanto conviene, dirémos que Tirso de Molina es, en nuestro sentir, el más gran poeta dramático que ha habido en España despues de Lope de Vega. Este último es creador, y Tirso discípulo é imitador suyo; pero Tirso perfecciona, y hermosea, y pule lo que el primero inventa. Tirso, pues, poniendo á un lado á Lope, es más

cómico, más trágico, más conocedor del corazón humano, más chistoso, más profundo, más inventor de caracteres y de enredos, más religioso en lo divino, más elevado y sabio en lo histórico, más poeta, en suma, que Calderon, que Rojas y que Moreto. Dificilmente podrá presentar ninguna literatura extranjera, salvo Shakspeare, nada que deba ni remotamente compararse con Tirso de Molina.

Palabras y plumas, Quien calla otorga, La celosa de sí misma, Amar por señas y El vergonzoso en Palacio, no tienen rivales fuera de España, sino en *Mucho ruido para nada* y en alguna otra comedia del gran dramático inglés; y *Marta la Piadosa* vale más que las imitaciones frías de Molière y de Moratin. Pero, como Schack dice muy bien, lo que pasma verdaderamente es ver el ingenio de nuestro poeta, que en las susodichas comedias parece « una mariposa que revolotea entre las flores, levantarse hasta las nubes, semejante á un águila; al ameno y burlon Tirso transformarse en el cantor de los héroes y celebrar con tono inspirado las altas hazañas del noble pueblo español, y su estilo burlon adquirir la más enérgica fuerza con el impulso de los pensamientos sublimes. » Algunas de sus obras de este género pueden ser consideradas como epopeyas dramáticas. » *La prudencia en la mujer, Las hazañas de los Pizarros, Escarmientos para el cuerdo* y otros dramas históricos merecen las mayores alabanzas del crítico tantas veces citado. Pero, ¿ cree el Sr. Cañete que se aprueban por esto la inmoralidad y las malas tendencias religiosas de di-

chos dramas? *La venganza de Tamar* es, según Schack, un drama magistral, un drama donde la música trágica española se ha elevado á la mayor altura, donde los caracteres son admirables, y donde lo terrible y lo patético llegan á lo sumo de la poesía; pero es un drama que nadie sufriría hoy en la escena sin horror y sin repugnancia.

En los dramas verdaderamente á lo divino de este gran poeta se notan la misma licencia y mayor perversion y relajacion de costumbres. Hasta los títulos encierran á veces peligrosísimas sentencias que pueden corromper á la juventud, como, por ejemplo, *Quien no cae no se levanta*. Se diría al leer este título que importa cometer las mismas ó semejantes maldades que las de la heroína Margarita, para que Dios preste á quien las cometa más especial favor, haga muchos milagros para separarle del mal camino, y casi á pesar suyo se le lleve al cielo. El asunto de *La Condesa bandolera* da motivo á las mismas reflexiones. Esta señora condesa hace las mayores insolencias y comete los más atroces delitos hasta que un ángel la convierte por medio de un milagro.

No así, por fortuna *El condenado por desconfiado*. Nada quisiéramos decir en elogio de este drama, porque es poco todo lo que se diga para encarecer su mérito poético, y porque despues del exámen crítico que hizo de él el Sr. Duran, es difícil añadir algo ni bueno ni nuevo. Lo único que dirémos y confesarémos es que, á pesar de lo peligroso del asunto y de lo atrevido de las escenas y de los caracteres, este drama está escri-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

tó con tanto saber y conciencia, que casi no ofenden los vicios espantosos que en él se pintan, y se comprende el que se salve Enrico y el ermitaño se condene. Este último es un egoísta desconfiado que hace penitencia movido de un interés y de un deseo de salvación eterna, lleno de monstruoso amor propio y falto de amor de Dios, y de santa y verdadera caridad. Enrico, mientras tanto, tiene un noble corazón, en medio de sus grandes maldades, y algunas virtudes en medio de sus mayores vicios. La idea de Víctor Hugo en *Lucrecia de Borgia* y en *El rey se divierte*, parece tomada de este drama. Triboulet el bufón y la envenenadora duquesa de Ferrara se ganan nuestras simpatías por el amor que tienen á sus hijos, amor que hasta cierto punto nos hace perdonar los otros crímenes. Pero aunque Dios los perdone también, porque es infinita su misericordia, la sociedad, la *vindicta pública*, permítasenos emplear esta palabra, no puede dejarlos impunes. Se resiste á las ideas modernas, más sociales, menos anárquicas que las ideas que reinaban en España en el siglo xvii, el que alguien se sobreponga á la sociedad y quede libre de castigo por severa que sea su penitencia. Así como la sociedad castiga, una vez conocido el delito, así tiene que castigar también el poeta á sus héroes malvados, con un castigo independiente de la voluntad de quien le recibe. La muerte ejemplar de Enrico en un patíbulo afrentoso, es por consiguiente ejemplar, y más ejemplar y más patética, si se atiende á que se vuelve á Dios, no por milagros ni signos exteriores, sino por efecto de la propia vir-

tud que aún conservaba en el alma, por su amor filial y por la ternura que las lágrimas de su anciano padre infunden en su pecho.

En moralidad, pues, así como también en mérito poético, sobrepuja *El condenado por desconfiado* á las obras modernas que hemos citado antes, en las cuales hay un castigo providencial, por donde el sentimiento de la justicia queda satisfecho; pero falta el arrepentimiento y el perdón divino que satisfacen además el sentimiento religioso, la idea que nos hace considerar el mal como un accidente que ha de resolverse en el bien, término y fin de todas las cosas creadas.

Si todos los dramas á lo divino fuesen como *El condenado por desconfiado*, no hubiéramos hecho la menor observación al discurso del señor académico, salvo en aquella parte en que injuria tan sin razón á la edad presente, y á las cosas de la edad presente, las cuales son, á pesar de todo, consideradas en conjunto y con excepciones rarísimas, bastante mejores que las cosas de cualquiera otra edad pasada, por buena que se imagine.

De la maravillosa y poética figura de D. Juan Tenorio y de su carácter, trazado con mano firme y maestra por Tirso de Molina, y levantado por él sobre las tablas del teatro español para que sirviese de jamás bien imitado modelo á poetas de todas las naciones, ¿qué hemos de decir nosotros que no esté ya dicho? Byron en Inglaterra, en Francia Molière y Tomás Corneille, en Alemania Hoffmann, en Rusia Puschkin, y en estas mismas, así como en otras naciones, otra infinidad de

novelistas y de autores dramáticos, han hecho su héroe de D. Juan; pero todos son muy pequeños en comparación de la gigantesca figura creada por la fantasía popular de los españoles y encerrada con toda su grandeza dentro del estrecho cuadro de un drama, por nuestro fraile mercenario. Quien más ha decaído en la imitación de D. Juan, como en sus demás imitaciones del teatro español, ha sido Molière. Molière ha convertido en un petimetre cualquiera aquella gigantesca figura.

Todo esto se puede decir, y mil alabanzas más que no decimos por carecer de elocuencia, en elogio de *El burlador de Sevilla*; pero el Sr. Cañete nos ha de perdonar si no confesamos la moralidad de este drama, ni los cristianos efectos que ha producido en el mundo.

Ya, cuando tengamos tiempo, hablaremos de Calderon, deteniéndonos más en el exámen de sus dramas *á lo divino*.

OBSERVACIONES SOBRE EL DRAMA TITULADO BALTASAR, DE LA SEÑORA DOÑA GERTRUDIS COMEZ DE AVELLANEDA.

Si bien casi todos los periódicos de esta capital han encomiado el drama de la Sra. Avellaneda titulado *Baltasar*, y si bien el público ha hecho la debida justicia á su ilustre autora llamándola á la escena y prodigándole repetidos y unánimes aplausos, todavía entiendo el que suscribe este artículo (sin contradecir en lo sustancial la opinion ya manifestada por el público y por varios escritores acerca de este drama), que no es inútil el que vuelva la crítica á ocuparse de él, tratando de poner en su punto su verdadero mérito, y de dar razon de su calidad é importancia. Algunos de los artículos que sobre dicho drama se han escrito, debieran tenerse por muy razonados é imparciales; pero acontece en España que á par de la crítica que en los periódicos se publica, se hace otra crítica de palabra, tan vehemente y continúa, que por este y otros